

Deuda
de
familia
NADIA NOOR



Bookit

Deuda de familia

Deuda

de

familia

Nadia Noor

Lxl
EDITORIAL
Romantic

1.ª edición: Abril 2018

Copyright

© Nadia Noor 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-80-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación – LxL Editorial

A Roberto, por ser mi príncipe

Agradecimientos

«Deuda de familia» es un proyecto que ha visto la luz gracias a la oportunidad que me ha brindado Lxl Editorial. Un gracias enorme a todo el equipo y, en especial, a Angy Skay, que es mucho más que una editora.

Asimismo, quiero agradecer a todos mis seguidores y lectores, por haberme insuflado la energía y las ganas de continuar con esta aventura, y a todo aquel que decida darle una oportunidad a esta novela. Mil gracias, sin vosotros este sueño no sería posible.

Capítulo 1

Marchena, agosto 1899

Rafael Vega caminaba con paso apresurado en dirección hacia su casa. Sus ojos recorrieron el valle franqueado por dos grandes colinas en el que se situaba Marchena, su ciudad. Hacía mucho calor, por lo que quitó su sombrero de ala ancha y se atusó el pelo. Con el dorso de la mano se limpió el sudor que comenzó a escurrirse por la frente.

Se paró delante de su casa, una majestuosa mansión de tres plantas situada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. La fachada de acceso, revestida de ladrillo tallado, estaba dividida en dos cuerpos, con una altura igual a la del resto del edificio. Abrió la puerta y le dio la bienvenida la brisa fresca que recorría el jardín central. Los arbustos de lilo común desprendían un entrañable olor a almizcle y miel y elegantes tallos de rosas se erguían esplendorosos entre las plantas de hoja verde, repartiendo alrededor un delicioso perfume.

Levantó la mirada y observó que las dos plantas de arcos sostenidas por columnas de mármol que rodeaban el jardín estaban desiertas. Se sentó agradecido en un banco guarecido por la sombra y comenzó a abanicarse con un viejo periódico que encontró sobre la mesa. Más sosegado, se agachó y sacó de su bolso de piel de vacuno unos papeles envejecidos por el tiempo. Se trataba de las escrituras de la única finca que aún conservaba; la salvación de su familia. La propiedad estaba en ruinas, apenas quedaban unos pocos mozos trabajando en ella. Ahí se criaban vacas, ovejas, gallinas y gansos, pero a Rafael no le quedaba dinero para mantener aquello. Sus malas gestiones unidas a su vicio de jugar al póquer, habían mermado todas sus pertenencias y el dinero heredado de sus antepasados.

La finca era su última carta para poder enderezar la situación, y Rafael se la jugaría esa misma tarde. En la ciudad

había aparecido un adinerado conde, quien se dispuso a organizar un torneo de póquer en el que se jugaba grandes cantidades de dinero. No tenía efectivo, sin embargo, el conde aceptaba sustitutivos al dinero, como escrituras de casas y fincas o tierras.

—Don Rafael, ¿quiere tomar una limonada? —Una criada, que apareció de la nada, le sobresaltó. Guardó las escrituras en su bolso y negó enérgico con la cabeza. Lo que él necesitaba era una buena jarra de vino tinto, pero su delicado corazón le negaba ese capricho tan ansiado. Además, Patricia, su esposa, se pondría furiosa.

—Quiero un poco de vino, llévemelo a la biblioteca. — Se levantó de la silla con gesto cansado y, mirando fijamente a la joven criada, añadió—: ¡Que no te vea la señora Patricia!

Subió con dificultad los peldaños de la escalera, mientras sentía el sol calentándole la nuca. Nada más acceder a la biblioteca, dejó la carpeta sobre su escritorio y se acomodó en su sillón favorito. Escuchó golpes en la puerta y pensando que sería la criada, la invitó a pasar.

Su hija menor, Natalia, apareció en su campo visual. La niña de sus ojos, su máspreciado tesoro. Alta y esbelta llevaba su largo vestido de muselina con elegancia. A sus diecisiete años era considerada como una de las muchachas más bellas de la ciudad.

—Padre, ¿está muy ocupado? —Natalia entornó sus grandes ojos oscuros, rodeados por densas y largas pestañas.

—Para ti nunca estoy ocupado. Ven, mi niña, siéntate aquí a mi lado.

Natalia recogió los pliegues de su amplio vestido color cereza y se sentó de forma recatada en la silla. Dejó las manos descansar en su regazo, como aprendió que hacía una niña de su condición, y dijo en voz baja:

—Siempre me ha enseñado que la gente vale por sí misma y no por su ascendencia o linaje.

—Así es, un buen linaje es garantía de que una persona vale la pena, pero no es una norma general.. A lo largo de

la historia hemos encontrado personas muy valientes que provenían de la clase baja y nobles muy estirados que resultaron ser unos cobardes —le contestó su padre, escrutándola con la mirada—. ¿Por qué me lo preguntas?

Natalia bajó la cabeza y contempló cómo se retorcían sus manos. Su padre se acercó a ella, le alzó el mentón y, cuando encontró el brillo de sus oscuros ojos, le preguntó:

—Siempre nos lo hemos contado todo. ¿Qué te preocupa?

—¡Estoy enamorada! —se sinceró ella de repente. Bajo la mirada atónita de su padre, sus mejillas se encendieron y un resplandor intenso iluminó sus ojos—. Es militar y no tiene fortuna.

Rafael palideció. Durante años había compartido la pasión por la lectura con Natalia. Padre e hija admiraban por igual los ideales de los héroes literarios. Habían abogado por la justicia, la bondad y la igualdad de los seres humanos. Aquello había estado bien mientras ella era una niña y no se enfrentaba al mundo propiamente dicho; escucharla ahora poner en práctica unos ideales tan lejanos lo aterró.

—¡Padre, diga algo, se lo ruego! —le suplicó a punto de comenzar a llorar—. Sergio es un caballero, es justo, es noble y... ¡muy apuesto!

«Aparte, de no tener donde caerse muerto», pensó su padre con el corazón encogido. Se esforzó y mostró una sonrisa tensa, al tiempo que le atusaba el pelo con delicadeza para tranquilizarla.

—Estoy seguro de que tu elección es la adecuada; no obstante, tendré que conocerlo para saber si es digno de ti.

Natalia se abalanzó hacia su cuello y le abrazó con cariño. Dejó descansar su cabeza en su pecho y le dijo con voz cargada de agradecimiento:

—Gracias, padre, es todo lo que le pido. Conocerlo, por ahora. En unas semanas se alistará voluntario con la esperanza de conseguir logros y ascender. A su regreso, podríamos tomarnos el matrimonio en serio.

La palabra «matrimonio» taladró los oídos de su padre,

quien se acordó de que no podía mantener a su familia. Sintió un pinchazo agudo atravesarle la parte izquierda de su pecho.

¡Necesitaba ganar el torneo de póquer esa tarde!

La entrada de la criada dio la conversación por terminada. Tras ver la jarra de vino, Natalia le regañó con la mirada, pero se abstuvo de hacer comentario alguno.

—Por el momento, mantendremos esta conversación en secreto. No digas nada de esto a tu madre —le rogó.

Ella asintió sonriente y salió de la biblioteca.

En cuanto estuvo solo, se sirvió una copa de vino y, antes de tomarlo, se entretuvo admirando su color rojo intenso. Inspiró su olor frutal, una mezcla de grosella, cerezas y ciruelas y lo acabó de un trago. Las preocupaciones se multiplicaron dentro de su cabeza, por lo que intentó aliviarse con otra copa. Levemente mareado, se sentó para descansar en su sillón favorito y cerró los ojos. Medio adormilado pensó que se llevaría también las escrituras de la mansión al torneo de póquer de aquella tarde. Se lo jugaría todo.

Con unas buenas ganancias podría enderechar su mala situación económica y dejar a su hija elegir su futuro.

«¿Y si lo pierdes todo?», se preguntó y ante aquella frustrante interrogación se quedó dormido.

Capítulo 2

Natalia entró precipitada en su dormitorio y dio varias cabriolas alrededor de la ventana simulando unos alegres pasos de baile. Se sentía eufórica. Por fin había encontrado el valor de confesarle a su padre el amor hacia Sergio. Estaba segura de que en cuanto lo conociera, él la apoyaría.

Sergio era el ser más maravilloso del mundo: atento, galante, paciente y bueno. Siempre ayudaba a los débiles y pensaba cambiar el mundo por uno justo y sin desigualdades. En sus ojos azules, habitaba el inmenso cielo. En el brillo de su mirada, se alojaba el esplendoroso sol.

Se conocieron a principios de aquella misma primavera. Natalia acudió a una verbena con unas amigas para repartir limonada fresca y galletas, en honor a la Virgen del Rosario, patrona de la ciudad. Sergio, apareció acompañado de varios colegas, todos uniformados y muy apuestos. Las chicas empezaron a cuchichear, preguntándose si los militares tendrían novias o estarían solteros. Cuando el grupo de los soldados formó una cola frente al puesto de limonada de las jóvenes, estas se emocionaron, derramándola por el suelo. Fue el turno de los militares para comentar sobre la belleza y la torpeza de las seguidoras de la Virgen. Cuando Sergio dirigió hacia Natalia su mirada luminosa, ella se quedó con el vaso en la mano sin saber qué hacer con él. El militar le sonrió, y unos labios firmes y bien formados, desvelaron una dentadura uniforme y blanca. Ella, presa de un embobamiento repentino, sujetaba entre sus dedos el vaso vacío, sin dejar de mirarlo. Los hombres de su círculo social eran la mayoría mayores, jamás había visto un joven tan atractivo. Ni unos ojos tan azules. Ni una sonrisa tan seductora.

—¡Señorita! —Una música la envolvió al escuchar aquel timbre potente de voz—. ¿Me sirve una limonada, por favor?

Ella se sobresaltó y notó cómo el vaso de cristal se le escurría entre los dedos. Sin poder remediarlo, observó que abandonaba su mano y, tras caerse al suelo de madera, se hizo añicos.

Ante aquello, las mejillas de Natalia se incendiaron y las lágrimas empañaron su vista, listas para humillarla delante del apuesto militar. Deseó en ese instante excavar un agujero debajo del puesto de la limonada y meterse en él.

Sus amigas se agruparon preocupadas a su alrededor y perdió de vista al militar. Entre todas la reconfortaron y le vendaron la pequeña herida que sangraba en su dedo meñique. Como ya no podía servir limonada, abandonó su deber y se sentó bajo la sombra de un árbol centenario. Detrás de ella, esperaba paciente Almudena, su criada.

Momentos después, una sombra alargada ocultó los rayos del sol que brillaban desde lo alto del cielo. Aclaró la vista y, cuando el sol estuvo tapado del todo, pudo admirar en todo su esplendor al apuesto militar que se había parado delante de ella.

—Señorita, permítame que me presente, soy el sargento Sergio Fernández. Disculpe que haga yo mismo los honores, pero no tenemos amigos en común y estoy preocupado por su herida. Se ha hecho daño por mi culpa.

Natalia agradeció mentalmente a la Virgen el hecho de estar sentada. Con toda la fuerza de voluntad de la que disponía alargó su mano y cuando sus dedos gráciles tomaron contacto con la piel áspera del militar, sintió una corriente eléctrica recorrerle todo el brazo.

—Natalia Vega, encantada de conocerlo y, por supuesto, disculpas aceptadas. —Arqueó sus labios dando la oportunidad a su boca generosa de convertirse en una amplia y seductora sonrisa.

Él, animado por sus palabras, giró sobre sí mismo y agarró con facilidad una silla vacía.

—¿Le puedo ofrecer compañía? —preguntó con galantería.

—Sí, por favor —aceptó ella de inmediato, abrumada por verlo sentado tan cerca.

Los colores invadieron de nuevo su rostro y un nudo incómodo se alojó en su garganta. Cuando él prendió de nuevo su mano vendada, sintió un poderoso aleteo en la boca de su estómago. Alrededor de los dos jóvenes se detonó una pequeña explosión de sentidos. Ella, cohibida, soltó la mano y los dos apartaron turbados las miradas.

A lo lejos, una fila de militares se aproximaba en dirección hacia ellos. Sergio se levantó y, mientras le tomaba la muñeca con delicadeza y depositaba un beso suave sobre ella, le dijo con afectividad:

—Me tengo que ir, el deber me llama.

—Claro, por supuesto —se apresuró en disculparlo.

—¿La puedo volver a ver algún otro día? —preguntó con voz entrecortada—. El próximo domingo en la plaza, mi división y yo haremos una parada militar. Por si...

—¡Me encantaría! —le interrumpió impaciente y, ante la sonrisa satisfecha de él, recordó los buenos modales de una señorita y añadió en voz baja—: Hasta el próximo domingo.

Aquella, fue sin duda la semana más larga de sus diecisiete años de vida. Los minutos avanzaban a ritmo de caracol, y las manillas del reloj parecían estancadas. Durante el día, Natalia no tenía paciencia para entretenerse con nada y, por la noche, dormía mal y se despertaba empapada de sudor. Soñaba despierta con volver a verlo. Todos sus pensamientos se redujeron a una sola persona: él.

Finalmente, el ansiado domingo llegó y Natalia pudo respirar de nuevo con normalidad. Se atavió con uno de sus mejores vestidos, color rojo fuego, compuesto por una falda amplia de seda repartida en varias capas que se sujetaba a su cintura con un corsé apretado. El corpiño tenía un escote cuadrado y, de las mangas tres cuartos, colgaban sendos lazos dorados de seda. Se peinó a la última moda, enrollando varias trenzas alrededor de su melena suelta. Se pellizcó con fuerza los labios hasta dejarlos del mismo color que su vestido y dejó caer en sus muñecas unas poquitas gotas de perfume de rosas blancas. Enguantó sus manos y sujetó sobre su hombro delicado una sombrilla dorada, a

juego con los lazos decorativos de su vestido. Con la criada pegada a sus espaldas, acudió a la parada militar.

En la plaza, se respiraba aire de fiesta. Las canciones alegres interpretadas por una orquesta contratada para animar el desfile, arrancaron los sinceros aplausos de los asistentes. En ese estado de euforia general, varias decenas de militares hicieron su aparición. Ataviados con sus mejores galas, pisaban el suelo con fuerza al ritmo de los tambores. Entre ellos, se hallaba Sergio, quien al encontrarse con los ojos de Natalia se desorientó y dio un paso en falso, a punto de caerse. Natalia apartó la mirada y él enderezó su porte y siguió con su deber.

Cuando los actos militares finalizaron, Sergio la buscó entre la multitud y la invitó a sentarse en un banco apartado, flanqueado por un árbol frondoso. Natalia rebuscó unas monedas en su bolso de mano y se las ofreció a la criada para que se alejara de ella y comprara un helado.

Debajo de aquel árbol, Sergio le declaró su amor. ¡Él también había pasado la semana más larga de su vida! Él también había contado los minutos y los segundos, igual que ella. Él también había perdido el sueño mientras esperaba ansioso el momento de volver a verla.

De vuelta a la realidad, Natalia pensó que debería buscarlo cuanto antes para contarle las últimas novedades.

¡Lo había hecho! Había reunido el suficiente valor para informar a su padre sobre su relación. Más de una vez, Sergio se había preocupado por la reacción de su familia. Con seguridad, se alegraría al saber que, a los Vega, no les importaba su condición social.

Envuelta en felicidad y pensamientos positivos, se cambió el vestido y salió apresurada en dirección hacia la habitación de su madre. Patricia se deleitaba con una limonada fresca, mientras una criada le peinaba con sumo cuidado su melena abundante.

—Madre, no queda hilo de coser, saldré a comprar —mintió, sin el menor ápice de remordimiento.

—¿Cómo vas a salir de casa con el calor que está ha-

ciendo? —se escandalizó su madre al tiempo que posaba sobre ella una mirada reprobatoria—. Manda a la criada.

—Nunca me trae lo que quiero, ya lo sabe. Es preciso que vaya yo misma. Tengo varios vestidos descosidos y, últimamente, no encargamos nada nuevo —se quejó afectada, sabiendo que ante aquella punzante observación, su madre cedería.

—Vale, pero no tardes —claudicó Patricia—. En una hora te quiero de vuelta, tu hermana ha pasado mala noche y necesita tu compañía. Solo contigo se reconforta.

La alegría de Natalia se ensombreció al pensar en su hermana mayor, Delia. Sufría frecuentes pérdidas de memoria y, por el momento, ningún médico había podido precisar un diagnóstico, ni encontrar cura a sus males.